

GIUSEPPE FESTA

LA LUNA
ES DE LOS LOBOS

GIUSEPPE FESTA

LA LUNA
ES DE LOS LOBOS

Traducción de Carmen Mata Pastor



Duomo ediciones

Maquetación y adaptación de cubierta: Endoradisseny

Título original: *La Luna è dei lupi*

© 2019, Giuseppe Festa, por el texto

© 2019, Carmen Mata Pastor, por la traducción

ISBN: 978-84-17128-44-9

Código IBIC: YF

DL B 26.423-2018

© de esta edición, 2019 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: mayo de 2019

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

www.duomoedizioni.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*A mi madre,
por enseñarme a respirar el bosque.*

PRÓLOGO

La respiración se le aceleró.

Tenía la lengua seca, pastosa por el humo de los tubos de escape que serpenteaban a ras del suelo. Las narices se le hinchaban y deshinchaban rítmicamente, invadidas por un cóctel de olores desconocidos. Innaturales. Le pincharon en el hocico, en los ojos color miel. Impregnaron su espeso pelaje.

Un trolebús hizo saltar chispas azules. Un poco más allá, el claxon de un coche lo sobresaltó.

Entre él y aquel mundo infernal solo había un espeso seto de hojas oscuras. Nada más.

Se preguntó cómo había ido a parar allí. Él, un lobo salvaje de la manada de la Sibilla. Prisionero de la Ciudad de los Hombres. Por un momento pensó que la Luna lo había abandonado.

Luego, repentinamente, la oyó.

Oyó la voz de un niño.

CAPÍTULO 1

Montes Sibilinos. Varios meses antes.

Aquella noche, los olores eran cartas trucadas barajadas por un viento prestidigitador. Luego, la lluvia.

Rio se sacudió el agua y miró al lado. A la sombra de la pared rocosa, la figura de Falco se distinguía con dificultad. El joven, erguido sobre las cuatro patas, escrutaba las faldas del monte Sibilla.

—¿Ves algo? —preguntó Rio—. Los bramidos han dejado de oírse.

—Todavía nada —dijo Falco con los ojos fijos en la ladera de la montaña.

—Espera... ¡ahí están! Cuatro hembras y un macho.

Rio se preguntó de quién habría heredado aquella vista tan increíble. Se esforzó por distinguir algo más allá de la cortina de lluvia hasta que entrevió algunas siluetas. Las seguían sombras más pequeñas, cerrando cualquier escapatoria y empujándolas implacablemente hacia abajo.

Hacia la Garganta.

Una descarga de adrenalina recorrió el cuerpo de Rio. Era el segundo en la jerarquía. Su misión: clavarle los colmillos en el cuello a la presa. Levantó los ojos hacia el monte Sibilla como para invocar su protección. Lo hacía siempre, cuando la Luna estaba escondida detrás de las nubes.

Una racha de viento le abofeteó el hocico con el olor de los ciervos aproximándose. Estaban cerca.

Le ordenó a Falco que lo siguiera. Los dos lobos tomaron el estrecho cañón que se abría a sus espaldas. Dispuestos para la emboscada.

Siete sombras en fila india. Con paso decidido y ligero cruzaron el hayal de la ladera norte del monte Sibilla. La cacería había empezado. Grigio no olisqueó ni el viento ni el terreno. No hacía falta. Los reclamos de los ciervos resonaban poderosos e insolentes.

Las sombras resbalaron silenciosas hasta el borde de la arena, el amplio claro en el que los machos de grandes cornamentas se enfrentaban para conquistar su harén.

A Grigio le bastó una ojeada para examinar a las presas. Se centró en un pequeño grupo de cinco ejemplares: cuatro hembras y un macho joven.

—Brugo y Selva a mi lado —ordenó el jefe de la manada—. Gemma detrás de ese matorral, Alba y Lama en el lado contrario, por donde los ciervos tienen más fácil la huida.

No le dio ninguna orden a Ambro. El viejo lobo, con

un glorioso pasado como jefe de manada, estaba tuerto, flaco y demacrado. Había pasado a ser el último en la jerarquía. Un *cola baja*. Sin embargo, aunque no participara en las cacerías activamente, Grigio le dejaba comer parte de las presas. En sus tiempos, había sido un jefe generoso. Y los lobos son agradecidos.

Gemma fue la primera en moverse, describiendo un semicírculo alrededor del claro, con cuidado de que no la descubrieran. En el lado opuesto, se colocaron Lama y Alba. Agazapadas entre los arbustos que delimitaban la arena, esperaban los movimientos de Grigio.

El cielo lleno de nubes hacía la noche negra y polvorienta. Las hembras tuvieron un presentimiento y giraron, nerviosas, sus grandes orejas.

Los machos, en cambio, excitados por las hormonas, estaban demasiado concentrados en el combate para reparar en algo. Pateaban el suelo, erguidos, y sacudían la tierra y el cielo con sus berridos cavernosos. El bosque conocía bien aquellos gritos de batalla que se repetían cada año para perpetuar un antiguo ritual de guerra y amor.

Grigio leyó el fuego de la caza en los ojos de Selva y Brugo. El estómago de Brugo no pudo callarse y lanzó un feroz rugido de hambre.

El jefe de la manada saltó. Los demás lo siguieron.

Las ciervas dieron la voz de alarma. Los berridos de los machos se apagaron de golpe. Una ola de pánico barrió el prado y un río de cuernos se adentró compacto en el bosque. En ese momento, Alba y Lama emergieron de la oscuri-

dad. La manada de ciervos se dispersó. Con el terror en los ojos, los animales se desperdigaron, las hembras huyeron dando grandes saltos en todas direcciones. Para cualquier lobo habría sido difícil orientarse en aquella carrera desenfrenada, pero no para Grigio. Él ya había elegido. El grupito que tenía en el punto de mira se quedó unido y huyó ladera arriba. Gemma, la más intrépida de la manada, les cortó la retirada. Podía ser arrollada por una avalancha de pezuñas, pero consiguió reconducir a las presas hacia abajo.

En unos instantes los cinco ciervos se quedaron aislados del resto del rebaño que huía. Solo les quedaba una escapatoria. Abajo, en el valle.

Grigio, Selva y Brugo acosaron a las presas desde atrás. El macho intentó una salida por un paso entre las rocas, pero una flecha de color ceniza se lo impidió. No había nadie más rápido que Alba.

Ambro los seguía a distancia, cojeando ligeramente. Se detuvo en un montículo para recobrar el aliento. Allí abajo, la garganta del Infernaccio le pareció un mar de oscuridad en las entrañas del valle del Tenna. Empezó a llover, las gotas de lluvia le empañaron el ojo sano. El viejo lobo suspiró. En otros tiempos era él quien organizaba la cacería. Cuando retomó lentamente la bajada, sus compañeros ya estaban lejos.

Los ciervos ganaron terreno sobrevolando los prados llanos a ambas orillas del río. Pero pronto el valle se estrechó, las paredes se volvieron escarpadas. La hierba de las laderas se convirtió en roca. Una roca lisa y mojada.

Casi sin darse cuenta, acabaron en la Garganta. Grigio los vio desaparecer entre las paredes del cañón. Una grieta antigua, una herida aterradora en la piedra, abierta por una cuchilla de agua a sueldo del tiempo.

Las pezuñas de los ciervos mordieron una pista mojada. Trozos de terreno húmedo y negro explotaron a su paso. El camino se estrechó hasta el punto de obligarlos a entrar en el agua y aminorar la velocidad. La Garganta, de solo unos metros de ancho, describía una S estrecha, más allá de la cual el valle se volvía a abrir a bosques dóciles y pendientes suaves. La salvación.

Pero una sorpresa mortal los asaltó en la oscuridad, pasado el espolón de roca.

CAPÍTULO 2

El eco de las pezuñas de los ciervos se multiplicó, resonando en la roca pulida.

Rio imaginó decenas de cuernos afilados apuntándole y sintió un escalofrío.

Falco fue presa del pánico, se aplanó contra la pared. A pesar de su aspecto de lobo adulto, solo tenía unos cuantos meses y un corazón inmaduro. Aquella era su primera, su única batida de caza auténtica.

—Quédate a mi lado —le ordenó Rio oliendo su miedo.

Los ciervos irrumpieron en su campo de visión. En cuanto el lobo les cerró el paso, el macho bajó los cuernos y embistió. Rio se zafó y contraatacó intentando morderle una pata, pero sus fauces mordieron el aire. Dos ciervas se colaron por el flanco descubierto de Falco. El joven lobo estaba paralizado.

Rio intentó retener a las dos últimas ciervas. La primera dio un brinco bastante más alto que él. La segunda, en

cambio, dudó. Rio aprovechó ese instante para saltarle al cuello. Los colmillos se hundieron en su carne como cuchillas. La cierva resbaló en las piedras mojadas y cayó con todo su peso. Falco se recuperó e intentó agarrarla de una pata, pero por poco no le alcanza una coza furibunda. La poderosa sombra de Brugo cayó sobre la presa impidiendo que se levantara. El mordisco firme de Rio ocluyó los gruesos vasos sanguíneos. En unos instantes, la cierva perdió el conocimiento y se quedó inmóvil.

La cacería había terminado.

En respuesta a un oscuro reclamo, la lluvia cesó y el viento limpió el cielo de nubes. La luna, alta y fiera en la noche, pintó de plata los finos hilos de agua que caían por las paredes de la Garganta. Unos destellos iluminaron las piedras manchadas de sangre.

La manada de la Sibilla se reunió en torno a la presa. Las colas ondeaban excitadas como banderas victoriosas después de una batalla. Los primeros en comer fueron Grigio y su compañera Selva. Mientras arrancaba trozos de carne fresca, el jefe de la manada tenía las orejas ensanchadas y planas como las alas de un avión, y, cada vez que un subordinado se acercaba, gruñía y enseñaba los dientes sin soltar la carne. Los dos lobos dominantes devoraron el hígado, el corazón y los pulmones, las partes más nutritivas.

Falco fue el único que pudo servirse antes de que Grigio terminara. Como único superviviente de la última camada, todavía era demasiado joven para tener un papel bien de-

finido en la jerarquía de la manada. De momento, gozaba de cierta inmunidad.

Al contrario que su hermana Alba, que le llevaba un año pero tuvo que esperar su turno como los demás.

El último en comer fue el viejo Ambro, que se contentó con las partes menos nobles. Una comida frugal, desde luego. Pero esa era la ley de los lobos.

El territorio de la manada era vasto. Englobaba el valle del Tenna, con la garganta del Infernaccio, el valle del Lago y el monte Sibilla, que daba nombre al macizo de los Montes Sibilinos. En el corazón salvaje de los Apeninos Centrales, a caballo entre las regiones de Umbría y Las Marcas, esta sierra era una tierra de frontera, espectacular y multiforme. Con inmensos brezales, bosques rellenos de fronda y vastos altiplanos de hierba que traspasaban las fronteras, protegidos por un Parque Nacional donde vivían varias manadas de lobos.

Dentro de sus respectivos territorios, cada manada elegía un lugar, seguro y estratégico, en el que descansar entre una batida de caza y la siguiente. El refugio de la manada de Grigio no se encontraba lejos de la cima del monte Sibilla, en las proximidades de una gruta conocida por los hombres como la morada de la Sibila Apenínica, legendaria vidente encantadora. La entrada a la Gruta se había derrumbado hacía tiempo, pero algunas grietas en la roca ofrecían a los lobos protección de la intemperie. Su posición elevada, además, permitía divisar gran parte del territorio.

Sin embargo, aquel no era el lugar en el que Selva había parido a sus camadas. La madriguera de la manada se encontraba en un rincón alejado y secreto del bosque de Ripa Cupa, a los pies de una gran haya retorcida. Allí, una galería pasaba por debajo de una poderosa raíz que se perdía en la oscuridad, protegida por la bondadosa corpulencia de aquel árbol centenario. Era una madriguera que los lobos heredaban de una generación a otra, un lugar lleno de sombras en el que las madres preparaban a los cachorros para la luz.

Selva gozaba de buena salud y contaba con una madriguera bien protegida. Y a pesar de eso, sus últimas dos camadas no habían salido bien. De todos los lobeznos solo habían sobrevivido Alba y Falco. Los demás habían nacido muertos.

Estos contratiempos hacían peligrar el futuro de la manada.

Y Grigio lo sabía.

CAPÍTULO 3

Las hojas de las hayas encendieron los planos altos del bosque como llamas ambarinas. El violeta de las flores del brezo tiñó las laderas de los montes.

Había transcurrido una semana desde la última cacería. Rio descansaba en un pequeño balcón de hierba, a poca distancia de la cima del monte Sibilla. Era su lugar favorito. Desde allí su mirada alcanzaba las colinas más lejanas hasta acariciar el mar, del que una vez le había hablado Ambro.

Desde su punto de observación, Rio dominaba también la aldea llamada Foce, el único centro habitado por hombres en el territorio de la manada. Un lugar atractivo pero duro, en el que unas pocas familias vivían en un puñado de casas al pie de las montañas. La manada, de todas formas, prefería senderos que conocían solo los lobos y siempre se había mantenido alejada de los humanos. Por lo menos, hasta aquel día.

La brisa peinaba los prados de abajo describiendo largas olas de olor. Las flores de montaña tendían cintas de perfumes de colores. La esencia preferida de Rio era el aliso, una flor de pétalos amarillos cuajados de blanco en el centro. Era el mismo perfume que olía en la piel de Lama, la loba por la que sentía una predilección secreta. Ojos de caramelo profundos y pacientes, en las límpidas noches estrelladas su manto se teñía de plata. Una cuchilla de luna que partía la negrura de la oscuridad.

Pero Lama nunca sería la compañera de Rio. La ley de los lobos lo decía muy claro: en la manada se podía reproducir una sola pareja. Y esa pareja, en su caso, eran Grigio y Selva.

Era una ley que no todos los gregarios aceptaban de buena gana. Algunos abandonaban el grupo para formar su propia familia. Otros, en cambio, desafiaban al jefe de la manada para intentar destronarlo. Pero Rio sabía que no habría hecho ni lo uno ni lo otro. «Ser jefe de manada se lleva en la sangre», repetía siempre su padre.

Una mano de aire frío metió los dedos en su espeso pelaje. Era de color miel tostada en los costados, gris con mechones ocres en el lomo y blanco bajo el cuello. Rio acarició con los ojos la pradera del Pian Perduto, hasta abrazar incluso el Pian Grande. Un recuerdo agridulce le pellizcó el corazón. Intentó pensar en otra cosa y volvió la mirada hacia el norte, hacia ese mundo que la mayor parte de los lobos temía. Eran pocos los que se aventuraban a ir más allá del macizo de los Sibilinos. Tan solo lobos jóvenes

solitarios que venían de las Áreas Protegidas Meridionales, en busca de fortuna y conquistas.

El sol tejió un atardecer difuminado, bordándolo con los negros vuelos de los cuervos. Las sombras subieron veloces desde la llanura mientras las luces de la lejana aldea de Castelluccio se encendían una tras otra. Aquel era el momento de la jornada preferido de Rio. Un instante suspendido entre el día y la noche, entre la luz y la oscuridad. Incierto, indefinido. Un poco como se sentía él.

Un aullido llegó atado al viento. Rio reconoció el tono pesado y potente de Grigio, que convocaba a la manada. La noche invitaba a una nueva cacería.

Cuando Rio llegó a la Gruta, la manada ya era presa de una excitación frenética. Grigio, erguido y con la cola alta, recordaba la estatua de un militar: ojo avizor, determinado y seguro de sí mismo. Los demás giraban a su alrededor lamiéndole el hocico, gañendo, aullando y trotando como cachorros listos para un nuevo juego. Era un ritual que se repetía antes de cada cacería, estrechaba los lazos entre los lobos de la manada y los cargaba de la adrenalina necesaria para el ataque. Un rito en el que Rio, últimamente, participaba a disgusto.

Gemma se acercó a su hermano.

—¿Qué te pasa?

—Ya lo sabes. Este tipo de cacería ya no me gusta. Los lobos auténticos juegan con las cartas boca arriba.

—Deberías estarle agradecido a la Luna por poder contar con la Garganta —lo reprendió Gemma.

Un antifaz de pelo color antracita destacaba su mirada despierta y decidida.

—Estoy cansado de tender emboscadas como un gato montés. Me gustaría perseguir a un ciervo en campo abierto, de vez en cuando. Derrotarlo en igualdad de condiciones, como hacía nuestro padre.

—Piensa lo que quieras pero que no te oiga Grigio. Te consideraría un ingrato —comentó Gemma, empujándolo con el hocico hacia el resto de la manada—. Y llevaría razón. Te recuerdo que, si nosotros dos seguimos vivos, se lo debemos a él.

La cacería empezó. Los lobos se deslizaron como espectros por la ladera norte del monte Sibilla. La vaguada se había convertido en una cuba de tinta.

En una encrucijada del sendero, Grigio se detuvo.

—Dividámonos. Rio, Falco, vosotros bajad a la Garganta. La última vez tendisteis una buena emboscada.

—Sí —comentó Rio lanzándole una mirada torva a Falco—. *Tendisteis.*

Falco bajó la cola y le lamió el hocico gañendo, dudando entre pedirle perdón o jurarle venganza.

Grigio se encaminó hacia la arena de los ciervos, seguido por los demás.

Pero Selva no se movió.

—¡Esperad! —exclamó, girando las orejas hacia delante—. ¿No oís?

Brugo agudizó los sentidos pero después sacudió la cabeza.

—Yo no oigo nada.

—Exacto —subrayó Selva—. Ni siquiera el bramido de los ciervos.

Grigio se sorprendió de no haberse dado cuenta antes.

—Tienes razón, se oye solo el viento entre los árboles. Es extraño. La berrea todavía no ha terminado. —El jefe de la manada apuntó decidido hacia el gran claro.

—¿Te acompañamos? —preguntó Falco, confiando en suspender la emboscada en la Garganta.

Grigio no contestó, absorto en sus pensamientos.

—Lo tomaré como un sí —le susurró Falco a Rio, uniéndose a la manada.

Los lobos se pararon en el borde de la arena. Estaba desierto. Ni siquiera un ciervo paciendo.

Avanzaron unos pasos.

—¡Cuidado! Creo que hay algo en el prado —gruñó Falco, clavando su mirada penetrante en la noche—. Allí abajo.

Los lobos se volvieron piedras. A unos veinte metros entre vieron una silueta oscura en la hierba, como un animal grande al acecho.

Rio olisqueó el aire. El finísimo olfato del lobo captó un rastro.

—Sangre. Sangre de ciervo —susurró—. Pero hay algo más —añadió gruñendo.

Le correspondía al jefe de la manada dar el primer paso y Grigio no se echó atrás. Reptó con precaución hacia aquella sombra, seguido por Rio y Brugo. Los demás lo-

bos, incluido el viejo Ambro, se abrieron en abanico alrededor de aquel cuerpo misterioso.

—Es una cierva muerta —confirmó Grigio.

Falco suspiró aliviado y empezó a brincar de un lado a otro.

—¡Qué maravilla! ¡Una montaña de carne sin esfuerzo!

Pero los lobos adultos no parecían entusiasmados en absoluto. La cierva mostraba heridas evidentes. La carcasa estaba en parte desgarrada y tenía magulladuras en las patas posteriores y en el abdomen. Un lago escarlata empapaba la hierba. Había muerto desangrada.

—¿Quién la ha matado? —se preguntó Grigio—. ¿Quién se ha atrevido a invadir nuestro territorio?

—¿Uro? —sugirió Alba.

—La manada del monte Bove no tiene nada que ver —replicó Rio—. El cuello está intacto... Ningún lobo mata así. Y, además..., hay un olor que... —Sacudió el hocico como queriendo sacarse de las narices un hedor molesto—. Esta cierva huele a *perro*.

—¿A perro? ¿Cómo es posible? —exclamó Grigio.

—Rio tiene razón —observó Gemma—. Solo los perros muerden desordenadamente.

Mientras los demás discutían, Falco alargó el hocico hacia el vientre abierto del animal.

—Poco importa que la hayan matado perros o lobos. Cuando la tenga en la barriga, será como si la hubiera matado yo —dijo abriendo las fauces.

Pero Rio lo detuvo.

—No toques esa carne.

—¿Por qué?

—Huele a enfermo.

El cachorro escudriñó la carne, roja y tentadora.

—Hazle caso a Rio —intervino Lama—. Su olfato nunca miente.

—Quisiera saber de dónde vienen esos bastardos —gruñó Grigio.

Gemma y Lama cruzaron una mirada.

—De las colinas de oriente, quizás —propuso Lama—. Ayer, durante nuestra vuelta de reconocimiento oímos ladrar a perros en el fondo del valle. Pensamos que iban con algún hombre, como siempre, pero...

—¿Por qué no me lo dijisteis enseguida? —la reprendió Grigio—. Sabéis de sobra que los perros no respetan las marcas de frontera.

Gemma y Lama bajaron la mirada, culpables.

Rio reconoció el terreno alrededor de la cierva muerta. Los perros se habían movido sin ningún orden, como quien caza sin cazar de verdad, pero luego habían tomado una dirección común.

—Las huellas van por allí... con las de los ciervos.

—Sigámoslas —ordenó Grigio.

Ningún perro desafiaba a los lobos sin pagar por ello.

CAPÍTULO 4

Rio guio a la manada hasta el Tenna, con el hocico pegado al suelo sobre las huellas de los perros.

El espeso bosque de hayas se abrió en un amplio prado salpicado de enormes rocas. El torrente cortaba la explanada de hierba como una cinta de seda plateada. Era la frontera septentrional de su territorio.

Las huellas de varios perros estaban marcadas en el fango a lo largo de la orilla.

—Han pasado por aquí —dijo Grigio.

—Y los ciervos con ellos —añadió Rio.

—¡Que la Luna maldiga a esos perros sarnosos! —gruñó Grigio—. Han perseguido al rebaño hasta conducirlo al territorio de Uro.

Al oír el nombre del jefe de la manada rival, Brugo sintió un escalofrío.

—Uro y los suyos los habrán destrozado —murmuró agachando las orejas.

Ver a aquel gigante de colmillos y músculos así de asustado producía un efecto extraño.

—Siempre y cuando se hayan percatado de la invasión —objetó Lama—. No suelen patrullar por la zona.

—¿Han marcado la frontera recientemente? —preguntó Grigio.

Rio alargó el hocico cautamente más allá del arroyo.

—Noto el olor de Ferro, aquí.

Brugo ganó. Como había podido experimentar en su propia piel, Ferro, el brazo derecho de Uro, era servil con su jefe pero feroz con los *colas bajas*.

En aquel momento oyeron a lo lejos un bramido, tan potente que llegó incluso a las orejas del viejo Ambro. El estómago de Falco, siempre hambriento, tembló.

La adrenalina de la cacería subió por las venas de la manada.

—Viene del bosque de aquel collado —dijo Selva.

—En territorio de Uro —observó Gemma con tristeza.

—Es... es peligroso estar aquí —se inquietó Brugo, escrutando los árboles del otro lado de la frontera.

—¿Qué dices? Todavía estamos en nuestro territorio —respondió Grigio hinchando el pecho. El espeso pelaje blanco bajo su cuello brilló en la noche—. No tenemos nada que temer.

Brugo no estaba tan convencido.

—¿Qué hacemos? —preguntó Alba, perdida.

Era la primera vez que el rebaño de ciervos abandonaba el territorio del monte Sibilla. Durante las batidas de caza,

los lobos tenían mucho cuidado de no empujar a los ciervos hacia las fronteras del territorio rival. Y a los ciervos, por su parte, tampoco les interesaba alejarse. Alguna baja a manos de los lobos era considerada un precio más que razonable a cambio de los verdes prados del monte Sibilla.

Pero la entrada en escena de los perros había roto ese equilibrio consolidado. Grigio tenía que tomar una decisión difícil.

—¿Y si fuéramos a por ellos? —se aventuró Falco, con la ligereza que solo un cachorro puede tener—. Empujémosles otra vez hacia nuestro territorio.

—Las presas pertenecen a la tierra que pisan —recitó Rio—. Quien posee esa tierra posee también sus presas. Es una vieja ley. Te convendría aprenderla —sentenció.

—Pero ¿por qué tenemos que pasar hambre por culpa de esos malditos perros? No es justo —masculló Falco.

—Probablemente Uro ya los habrá matado —comentó Selva—. Y si salimos de nuestras fronteras, acabaremos como ellos. La manada de monte Bove es numerosa. Y Uro es un jefe fuerte y despiadado.

Grigio la fulminó con la mirada y Selva se dio cuenta de que sus palabras lo habían ofendido.

—N-no quería decir que tú no seas...

—Los ciervos volverán —la cortó Grigio, encaminándose hacia la Gruta. Los demás lobos lo siguieron.

Rio se unió a la fila. Mientras avanzaba, volvió a mirar al bosque de la otra orilla del torrente. Los ojos amenazadores y siniestros del bosque lo espiaban desde la sombra.